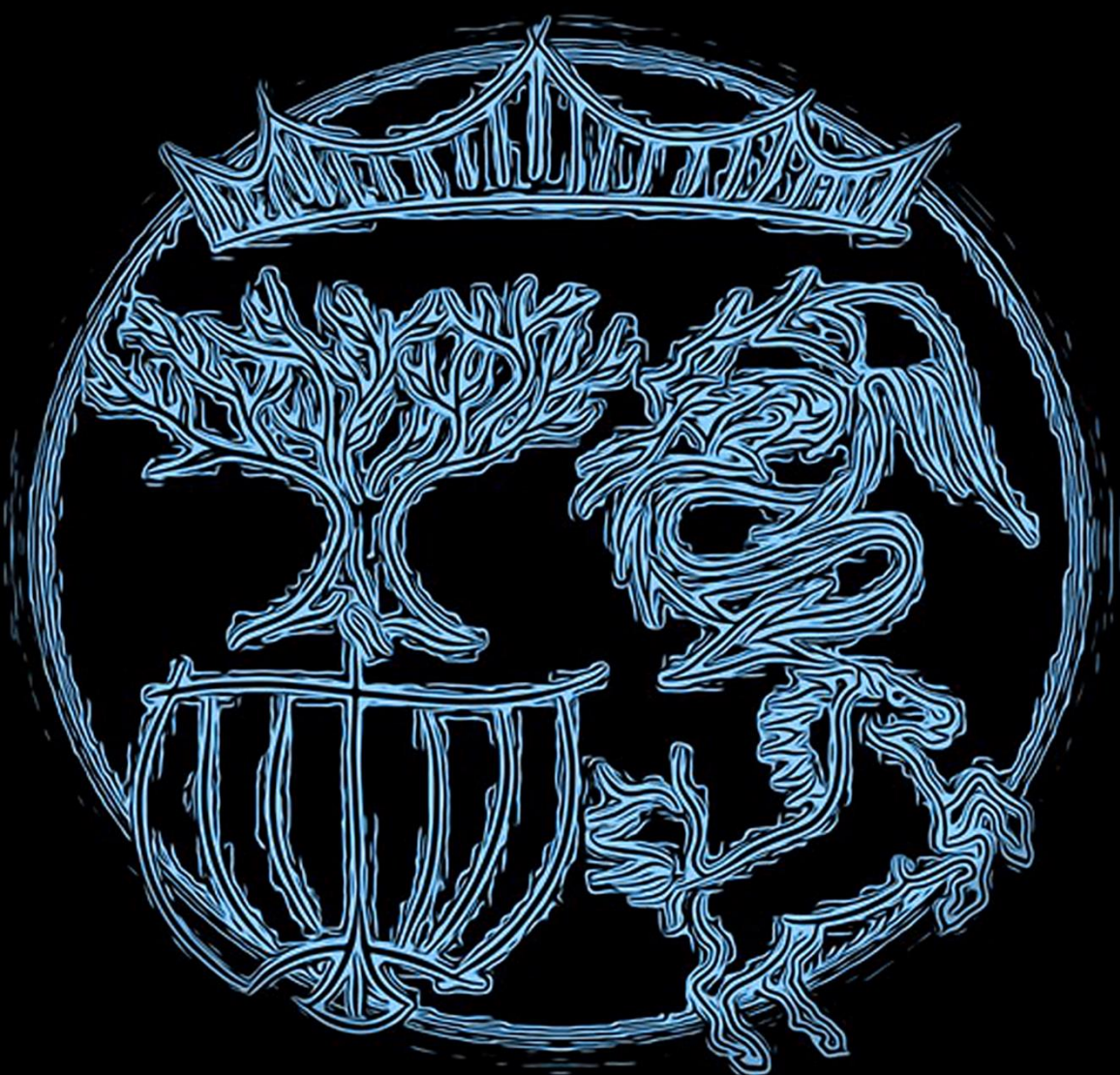


el Joven Castor

Piedras Verdes: el origen



Enrique Gómez Medina

EL JOVEN CASTOR

Mi padre era un tipo genial. Solo que siempre estaba en el lugar equivocado. Como cuando en una protesta arrojó un adoquín, le acertó al alcalde y terminó con los huesos en la cárcel. O cuando se confundía de camino al volver a casa con la paga. O cuando se subió a aquel camión rodeado de hombres con fusil que se llevó a todos los hombres del pueblo. No sé dónde le condujo, pero seguro que fue al lugar equivocado.

Mi madre, que hasta entonces le había salvado de todas, fue en su busca. Pero esta vez debía estar más difícil, porque nunca volvió tampoco.

Yo era pequeño, casi no me acuerdo, pero a veces me vienen imágenes en sueños. Cuando despierto rodeado de mis ocho nuevos hermanos. O a lo mejor me lo ha contado la tía Adela.

Adela no es mi tía en realidad, solo es la mujer que me acogió cuando me quedé huérfano y me llevaron a un pueblecito en la costa llamado Piedras Verdes. No sé quién fue, pero eligió bien: es una heroína viviente. Nunca la he visto descansar, ya está de pie cuando yo me levanto y jamás usa una silla. Es estricta (no podía ser de otra forma para criar a nueve niños) y no muy cariñosa, la verdad. Lo más parecido a una caricia que he recibido de ella es el cachete que me da sin alterar el gesto cuando le traigo una liebre del campo de don Manuel. Nunca sé si me está agradeciendo o regañando. Quizá ella tampoco lo sepa.

Don Manuel es el hombre más poderoso del pueblo. Todas las tierras grandes son de él. Todos los hombres trabajan para él. Si le caen bien, claro. A don Manuel no le gustan los hombres nobles, o trabajadores; le gustan los hombres mansos. Al más mínimo indicio de rebeldía hacia él, ya pueden ir haciendo la maleta, porque no van a volver a encontrar trabajo en el pueblo ni en los alrededores. Ni siquiera por su cuenta, ni de carpintero, ni de herrero, por muy buenos que sean. Porque, si don

Manuel así lo dispone, nadie se va a atrever a comprarles nada.

Así que yo tengo dos problemas: primero, aún no soy un hombre; y segundo, no soy manso.

Me encanta cazar en las tierras de don Manuel. Por un lado, por la aventura. Por otro, por un extraño sentido de justicia. No me parece bien que solo él pueda comerse las liebres que campan por allí a sus anchas, solo porque sus guardas son los únicos que tienen perros y escopetas.

Ah, pero hay otras formas de cazar. Como los lazos. Solo tengo dos; no quiero más, no sea que alguno de los guardas se tropiece con ellos por ahí. Los guardas son los perros falderos de don Manuel, con sus escopetas siempre en ristre, deseando pillar a algún furtivo como yo en sus propiedades. Si le pegan una perdigonada a alguno, don Manuel les mira con reconocimiento, les da una palmada en el hombro y hasta les regala un puro de los buenos, de Cuba.

Pero a mí no me van a coger. Con la noche entrada dispongo los lazos en las veredas que trazan las liebres y que ya conozco y, con los primeros rayos del sol, cuando la liebre sale de su cama, ya estoy yo

esperándola. Los guardas no madrugan tanto. Ninguno de ellos ha echado nunca una liebre en falta. Y qué distinto es el puchero cuando alguna de ellas acaba en él.

Lo que yo no imaginaba es que uno de esos guardas tendría piedras en el riñón, que el médico del pueblo le iba a recetar caminar mucho para que bajaran, y que, sin poder dormir, un día se le iba a ocurrir dar una vuelta por los campos de don Manuel antes de que saliera el sol. Y, mucho menos, que su perro iba a descubrir a una liebre debatiéndose en uno de mis lazos. Y cómo adivinar que, en lugar de quitarla de allí, se iba a ocultar entre los árboles para enterarse de quién era el furtivo, contárselo a don Manuel y tenderle una trampa.

Pero eso fue más adelante. Os preguntaréis a qué me dedico el resto del día, hay muchas horas entre el amanecer y la puesta de sol. Pues, dependiendo de la época del año, trabajo en el campo (en tareas de mujeres y niños, solo recoger o trillar, nada de manejar guadañas, hoces u horcas) o voy a la escuela. Sí, a la escuela. Pero no voy a aprender; hace tiempo que superé todo lo que don Genaro, el maestro, tenía

para enseñarnos. Creo que don Manuel ideó la escuela como una cárcel para que no andemos por ahí haciendo trastadas y robándole.

En la escuela del pueblo solo hay un maestro. Y solo hay un aula. En un edificio antiguo, de piedra, con unos cuantos bancos y estanterías de madera todo alrededor. Dicen que alguna vez hubo libros allí. Que fue una biblioteca. Cuesta imaginarlo.

Allí estudiamos todos juntos. Los niños mayores ayudan a los pequeños, y don Genaro vigila que se mantenga el orden. Enseñar, enseña poco. Pero manejar la vara... qué bien se le da. A veces me despierto en sueños tocándome la palma de la mano, sintiendo ese dolor centelleante que, nadie como él, sabe provocar.

Don Genaro y yo no compartimos pareceres. Salvo uno: “la letra, con sangre entra”. Por eso a veces le pongo tachuelas en la silla, para ver si le entra algo de sabiduría. Me paso más tiempo de pie en el rincón que en mi banco. Es normal que haya sido el primero en fijarme en esa tablilla del suelo. Sí, esa que está tan suelta que se balancea a poco que pongas el pie sobre

ella, y deja asomar una especie de llave dorada oculta bajo el suelo.

Se lo conté a Mariana y a Tobías. Mariana es muy alta, guapa a su manera. Y Tobías es mi mejor amigo. En realidad no tenía mucho donde elegir, son los únicos de nuestra edad que no pertenecen a la banda de Beltrán, el hijo de don Manuel. A Mariana la rechazan porque no se sabe quién es su padre, y a Tobías, por flojo y cobarde. Esa es mi banda. Qué le vamos a hacer.

Un día, al salir al patio, se lo conté. Tobías es muy imaginativo, y en seguida tuvo grandes ideas acerca de ello. Apenas podía mantenerse hablando en voz baja. Miré nervioso a Beltrán, porque no quería que se enterase.

—¡Es una caja fuerte! Seguro que ahí guarda don Genaro todo su dinero.

—Más bien una botella de coñac —respondí yo, porque no me cuadraba su eterna chaqueta raída ni sus zapatos de suela despegada con la posesión de un tesoro pirata. Y sin embargo, lo del licor con su aliento, sí.

—¡O quizá es la trampilla de una antigua mazmorra! —continuó Tobías— A lo mejor encontramos huesos humanos ahí abajo. Quizá el propio don Genaro ha encerrado ahí a algún niño revoltoso y lo ha dejado morir...

—A lo mejor ni siquiera sabe que existe —aventuró Mariana.

Me quedé pensativo.

—¿Y si lo comprobamos?

Los otros me miraron con desconfianza.

—No nos metas en líos... —empezó Tobías.

—¡Vamos! Si no va a pasar nada. Al salir de la escuela dejamos una ventana abierta y entramos esta noche. No hay nadie por aquí en cuanto se va la luz.

Tobías siguió protestando hasta que Mariana dijo “Vale. Yo voy” con un brillo especial en la mirada. Entonces no le quedó más remedio que aceptar también, aunque no dejó de murmurar en todo el día.

Yo fui el encargado de atravesar un lápiz en la ranura de la ventana, para que no llegara a cerrarse del todo. Guiñé el ojo a mis compañeros. Mariana movió la cabeza de arriba abajo, Tobías de izquierda

a derecha. Si yo hubiera sabido lo que me esperaba aquella noche, habría hecho lo mismo que él.

Quedamos a las doce, una hora intempestiva para cualquiera que haya pasado el día trabajando en el campo, y suficientemente temprano para no quedarnos dormidos. En mi caso, con la emoción, habría sido imposible.

Me metí en la cama con el resto de mis casi hermanos y me quedé boca arriba, escuchando sus respiraciones, hasta que todas se hicieron lentas y acompasadas. Alguno de ellos roncaba. Me llegaron de lejos las campanadas del reloj de la torre: once. Aguardé un rato más y me deslicé como un gato fuera de la cama. Cogí mis herramientas de detrás de la tinaja y salí al exterior. Por aquel entonces no había luz eléctrica, así que la calle estaba oscura, apenas iluminada por la luz de la luna menguante.

Recorrí el pueblo resguardándome en las sombras hasta que llegué a las afueras. Antes de dirigirme a la escuela tenía pensado colocar mis lazos, a ver si al día siguiente podía llenar la olla de tía Adela con algo más sustancioso que berzas y nabos. Busqué en la penumbra las tenues veredas que dejan las liebres y

elegí un buen lugar para instalar el lazo. En esas estaba, afanado para que la trampa quedara a buena altura, cuando escuché un gruñido muy cerca. Un perro. Sin pensarlo, me incorporé para echar a correr, pero me encontré de frente con otro perro y los dos cañones de una escopeta, que me apuntaban al rostro.

—¡Ya tenía yo ganas de pillarte! —me llegó la voz rasposa de don Manuel.

—Te dije que era él, papá —añadió una voz más joven, y antes de darme la vuelta ya adiviné la expresión triunfal en el rostro de Beltrán.

Allí estaba, bien pegado a su padre y rodeado de guardas con escopetas en ristre. Si no hubiera sido así, nada le habría librado de una buena paliza. Ni a mí tampoco, porque me sacaba casi una cabeza y estaba mucho mejor alimentado que yo.

Pedro *Sinsombra*, el jefe de los guardas por ser el más cruel de todos, me apuntaba y miraba a Don Manuel como pidiendo permiso para darle al gatillo. Don Manuel hizo un gesto con la mano y yo respiré aliviado, pero cuando vi su cara me quedé helado. De miedo.

—Así que te gusta jugar a la caza, ¿eh? —dijo Don Manuel muy despacio—. Pues vamos a jugar.

No le entendí o no quise entenderle. Me quedé quieto en el sitio hasta que gritó.

—¡Corre!

Beltrán se echó a reír. El resto de los guardas le siguieron a coro. Todos menos *Sinsombra*, que me miraba ansioso y sujetaba a duras penas el collar de su perro mientras me alejaba por el camino hacia el bosque.

Corrí como nunca lo había hecho. Desesperado. Pensé en subirme a un árbol, pero los perros me habrían localizado enseguida y nada me habría librado de un tiro al estilo perdiz. Me adentré más y más en el bosque. Los árboles eran viejos y retorcidos, las ramas me arañaban la cara, notaba como se me clavaban en las costillas y me rasgaban la ropa y la carne. Escuché ladridos. Ya venían.

El río. El Saltogrís. Era mi única oportunidad. Si conseguía vadearlo quizá perdieran mi rastro. Pero quedaba lejos. Corrí. Corrí.

Los ladridos sonaban cada vez más cerca. En cualquier momento sentiría el primer mordisco en las

piernas. Me faltaba el aliento, el aire ardía al entrar a mis pulmones y, por mucho que me esforzaba por hincharlos, ya casi ni me llegaba. Estaba perdido.

De pronto, entre los ladridos, distinguí el rumor del agua. ¡Estaba llegando! Un último esfuerzo. Lo iba a conseguir.

O eso creía.

Porque entonces, surgiendo de las tinieblas, apareció el *Sinsombra*. Caminaba despacio hacia mí, con la escopeta apuntando al suelo, con una sonrisa fría en los ojos. Se me heló el corazón. Él no estaba cansado. Su respiración era tranquila cuando levantó el cañón. Como si hubiera venido dando un paseo. O como si se hubiese teletransportado hasta allí.

Me encogí, dispuesto a recibir la perdigonada.

Pero no disparó. Aguardó a que los demás llegaran. Me rodearon con los perros ladrando tan cerca que ensordecían. Sus dientes se cerraban peligrosamente próximos a mis piernas. Y sus dueños les dejaban arrimarse más y más. Beltrán, jadeando, me miraba divertido.

Entonces entendí lo que querían. Me erguí cuan alto era. Podían hacer conmigo lo que quisieran, no

les iba a dar el gusto de verme asustado. Aunque Dios sabe que lo estaba.

Don Manuel llegó el último, caminando tranquilo.

—Cómo corren estas liebres —dijo, provocando las risas de los demás. Levantó la mano hacia *Sinsombra*—. ¿Correrán igual sin rodillas?

Sinsombra le tendió la escopeta. Don Manuel la tomó con calma. Me miró a los ojos. A pesar de los ladridos, escuché el chasquido metálico al amortillar el arma. Las risas. Beltrán.

Mis rodillas.

Mis rodillas.

No sé qué pasó después. Solo aquel fogonazo. Quizá le estalló la escopeta... Vi a los hombres y a los perros salir despedidos. Volar. Algunos se golpearon contra los árboles. Oí los crujidos. Cayeron al suelo, muy quietos. A otros les vi levantarse y mirarme asustados mientras escapaban cojeando.

No sé qué pasó. Solo sé que me salvó.

Volví hacia el pueblo, tan conmocionado que ni me di cuenta cómo. Solo podía pensar en mis amigos. Tenía que contárselo a alguien.

Pero, cuando llegué a la escuela, no estaban. Sonó el reloj de la torre: una campanada.

Se habían ido.

Miré a la ventana y la ranura que había dejado abierta. Y, sin saber por qué, entré.

Como hipnotizado, avancé en la oscuridad hacia el rincón del fondo, entre las estanterías. Busqué la tablilla del suelo. Pisé varias, hasta que una de ellas se levantó. Me agaché e introduje la mano debajo. Busqué a tientas hasta que mis dedos tocaron algo frío, metálico. Una especie de pestillo. Lo empujé y no se movió. Probé a tirar de él y esta vez giró un poco. Tiré con más fuerza y sonó un chasquido. La estantería de la izquierda, contra la que estaba apoyado, se deslizó con mi peso. Perdí el equilibrio y caí al suelo. Me quedé inmóvil. Frente a mí se abría una oscuridad aún más profunda que la de la estancia, y de ella me llegaba una corriente de aire frío y húmedo.

Alargué la mano al frente. Vacío. La desplacé a un lado hasta tocar una pared de piedra. La recorrí con mis dedos, dibujando la entrada del túnel. Era un cuadrado casi tan alto como yo. Tanteé el suelo con

el pie. Parecía firme. Di un paso. Después otro, palpando todo el rato la pared y el suelo. Miré hacia atrás. Enmarcada en la entrada del túnel, veía el aula donde tantas horas había pasado, luminosa en comparación. A punto estuve de volverme, pero entonces escuché una voz, que me asustó hasta que reconocí que era la mía.

—¿Qué más me puede pasar hoy?

FIN